

cia y presidiarios cumplidos. Los republicanos y los presidiarios son como la nariz y el pañuelo. Cornet decía: ¿Adónde quieres que vaya, traidor? Y Fouché le contestaba: Adonde quieras, imbécil. Esos son los republicanos.

—Es verdad, dijo Teodulo.

El señor Gillenormand volvió un poco la cabeza hacía el teniente, le vió y continuó impenetrable:

—¡Cuando pienso que ese tunante se hizo carbonario!... ¿Por qué abandonaste la casa? Por hacerte republicano. En primer lugar, el pueblo no quiere la República, no la quiere porque tiene juicio, y sabe que ha habido reyes y que los habrá siempre. El pueblo se burla de la República; lo oyes, tonto? ¡Es un horrible capricho de todos los alucinados que se enamoran del padre Duchesne, que ponen buena cara á la guillotina y que cantan romances y tocan la guitarra bajo el balcon de 1793! Merecen que se les escupa por bestias. Todos son lo mismo, sin exceptuar á ninguno. Basta respirar el aire que corre por las calles para ser insensatos. El siglo diez y nueve es un veneno. Cualquiera perdido se deja crecer barba de chivo, se cree un personaje y deja plantados á sus ancianos padres. Es republicano y romántico cometer todas las locuras posibles. Hace un año ser romántico era asistir á la representación del *Hernani*. Y yo pregunto: ¿qué es el *Hernani*? Abominaciones que ni siquiera están escritas en francés. Después ponen cañones en la plaza del Louvre. ¡Estas son las violencias de esta época!

—Teneis razon, tío, dijo Teodulo.

El señor Gillenormand continuó:

—Cañones en la plaza del Museo! Para qué? ¿Queréis ametrallar el Apolo de Belvedere? ¿Para qué queréis cartuchos contra la Venus de Médicis? ¡Los jóvenes de ahora son unos perdidos! ¿Qué gran cosa es su Benjamin Constant! Los que no son malvados son necios. Se empeñan en ser feos; van mal vestidos, tienen miedo á las mujeres, están alrededor de faldas con aspecto de mendigos, que hace reír; se les puede llamar los vergonzantes del amor. Son deformes y se completan siendo estúpidos; repiten los calambours de Tiercelin y de Potier, gustan levitas-sacos, chalecos de palafrenero, camisas gruesas, pantalones de paño burdo, botas de mal becerro, y su lengua se parece á su plumaje. Toda esa gentuza inepta se atreve á tener opiniones políticas; se les debería

prohibir severamente. Fabrican sistemas, refunden la sociedad, asolan la monarquía, echan por tierra todas las leyes, ponen el granero en el sitio de la cueva y á un portero en lugar del rey; trastornan la Europa de arriba á abajo, reedifican el mundo, y es para ellos una fortuna poder mirar socarronamente las piernas de las lavanderas cuando suben á sus carros. ¡El vagabundo Mario ir á vociferar en la plaza pública! ¡A discutir, á tomar medidas! ¡A esto llaman medidas, santo Dios! El desorden se empequeñece y se estupidiza. He visto el caos y ahora veo el lodazal. Que los escolares deliberen sobre la Guardia nacional, no se vé ni en el país de los Ogibbevas ni en el de los Cadodaches. Los salvajes que van desnudos, con la cabezota adornada con un volante de jugar á la pelota y con una maza en la pata, son menos brutos que esos bachilleres! ¡Esos son los que han de raciocinar y deliberar! Esto es el fin del mundo; para esto se necesita una convulsion final y la dá la Francia. Deliberad, pillos! Estas cosas sucederán mientras el público vaya á leer periódicos á las galerías del Odeon, cuya lectura les cuesta un cuarto y el sentido comun, la inteligencia y el corazon. Salen de allí y se separan de la familia. Los periódicos son una peste, todos, hasta *La Bandera blanca*, porque Martainville en el fondo era un jacobino. Ah, pícaro! ¡podrás vanagloriarte de haber hecho desesperar á tu abuelo!

—Eso es evidente, dijo Teodulo.

Aprovechando el instante en que el señor Gillenormand tomaba asiento, el lancero añadió:

—No debiera haber más periódicos que *El Monitor* y el *Anuario militar*.

El señor Gillenormand volvió á tomar la palabra:

—Lo mismo que su Sieyes! que fué un regicida que llegó á ser senador, porque siempre concluyen por esto. ¡El filósofo Sieyes! Siempre hice de las filosofías de semejantes filósofos el mismo caso que de los anteojos del bufon del Tivoli. Ví pasar un día á los senadores por el muelle Malagnais con mantos de terciopelo morado, sembrados de abejas, y con sombreros á lo Enrique IV. Estaban horribles; parecían los monos de la corte del tigre. Ciudadanos, os declaro que vuestro progreso es una locura, vuestra humanidad un delirio, vuestra revolución un crimen, vuestra república un monstruo y que vuestra joven y virgen Francia sale de un lupanar, y os lo sos-

tengo á todos, aunque seais publicistas, economistas y legistas, aunque conozcais mejor la libertad, la igualdad y la fraternidad que la cuchilla de la guillotina. Repito que os lo declaro.

—Pardiez! exclamó el teniente; todo eso que decís es la pura verdad.

El señor Gillenormand interrumpió un gesto empezado, se volvió, miró con fijeza al lancero frunciendo el ceño, y le dijo:

—Sois un imbécil.

LIBRO SEXTO

La conjuncion de dos estrellas.

I.

El apodo: manera de formar nombres de familia.

En aquella época Mario era un gentil mancebo de mediana estatura, de pelo negro y espeso, de frente ancha é inteligente, de aspecto sincero y tranquilo, y se traslucía en su semblante ese no sé qué que denota altivez, reflexión é inocencia á la par. Su perfil, de líneas redondeadas, sin dejar de ser decididas, era de esa suavidad germánica que ha penetrado en la fisonomía francesa por la Alsacia y la Lorena, y tenía la carencia absoluta de ángulos que hacia reconocer fácilmente á los sicambros entre los romanos y que diferencia á la raza leonina de la raza aquilina. Se encontraba en la estación de vida en la que la imaginación de los hombres pensadores se compone, casi en iguales proporciones, de reflexión y de sencillez. En una situación grave tenía lo que se necesita para ser estúpido; daba un paso más y podía ser sublime. Sus modales eran reservados, frios, políticos, pero francos. Su sonrisa atemperaba la severidad de su fisonomía. En momentos dados formaban singular contraste su frente casta y su sonrisa voluptuosa. Tenía los ojos pequeños, pero las miradas penetrantes.

En los días de su mayor miseria observaba que las jóvenes se volvían á mirarle, lo que era causa de que huyese ó se ocultase con la muerte en el alma, porque creía que le miraban por ir pobremente vestido y que se reían de él; pero le miraban porque les gustaba, y había alguna joven que le soñaba alguna noche.

Su muda desavenencia con las lindas transeuntes le hizo huraño, y como huía de todas no eligió á ninguna. Así vivía de continuo, bestialmente, como decía Courfeyrac.

Courfeyrac solía decirle tambien:

—No aspire á ser venerable y oye un consejo: no leas tantos libros y mira más á las faldas. En ellas siempre se aprende algo bueno. Si no lo haces así, á fuerza de huir y ponerte encarnado te embrutecerás.

Otras veces el referido amigo le encontraba y le decía:

—Buenos días, señor abate.

Cuando Courfeyrac le dirigía alguna de estas chanzas, Mario huía más que antes, durante ocho días, de las mujeres y procuraba no encontrarse con su burlon amigo.

Sin embargo de esto, había en el mundo dos mujeres de las que Mario no huía y contra las que no tomaba ninguna precaucion; verdad es que se hubiese admirado si le hubiesen dicho que eran mujeres. La vieja barbuda que le barriaba el cuarto, de la que decía Courfeyrac: —Al ver que su criada se deja crecer la barba, Mario se afeitaba la suya.—La otra mujer era una joven que veía con frecuencia, pero sin atreverse á mirarla nunca.

Hacia más de un año que Mario observaba en una desierta calle de árboles del Luxemburgo, que costea el parapeto del Vivero, á un hombre y á una niña, casi siempre sentados juntos en el mismo banco, en el extremo más solitario del paseo por el lado de la calle del Oeste. Siempre que la casualidad llevaba á Mario por allí, y esto le sucedía casi todos los días, encontraba sentada en el banco la misma pareja. El hombre podría tener sesenta años: su aire era triste y sério; era robusto y tenía el aspecto fatigado de los militares retirados. Si ostentara alguna condecoracion, hubiera dicho Mario: Es un oficial veterano. Su persona era simpática, pero inabordable; nunca fijaba la vista en la mirada de los demás. Vestía pantalon azul, leviton azul tambien, sombrero de alas anchas, traje casi nuevo, corbata negra y camisa de cuáker, es decir, de deslumbrante blancura, pero de tela gruesa. Tenía el pelo muy blanco. Mario oyó decir un día á una griseta que pasó por el lado del anciano:

—Qué viejo tan aseado!

La joven á quien acompañaba era una muchacha de trece á catorce años, flaca,

hasta el punto de ser casi fea; encogida, insignificante y que parecía tener preciosos ojos, pero los tenía siempre levantados con una especie de seguridad desagradable. Ofrecía el aspecto aviejado é infantil á la vez de las colegialas de un convento, y vestía un traje mal cortado de merino negro. Parecían ser padre é hija.

Mario examinó durante dos ó tres días á aquel viejo, que no era todavía anciano, y á aquella adolescente, que no era acaso aun mujer, y despues ya no fijó la atención en ellos; éstos parecían que tampoco le veían. Hablaban entre sí con aire tranquilo é indiferente. La jóven charlaba sin cesar y con alegría; el viejo hablaba poco, pero á cada momento fijaba en ella los ojos, llenos de inefable y paternal ternura.

Mario contrajo maquinalmente la costumbre de pasearse por aquella calle de árboles, en la que los encontraba todos los días.

Generalmente Mario llegaba por el extremo de la calle opuesto al banco, la recorría á lo largo y pasaba por delante de la pareja; despues volvía y recorría otra vez el paseo hasta el extremo por donde habia entrado, y volvía á hacer lo mismo. Repetía este paseo cinco ó seis veces cada día, sin que á pesar de tan continuos encuentros aquellos desconocidos y él llegasen á cambiar ni un solo saludo.

El viejo y la niña, aunque evitaban las miradas, y quizás porque las evitaban, despertaron naturalmente la atención de cinco ó seis estudiantes que tenían costumbre de pasear por el Vivero; los estudiosos despues de clase, y los otros despues de jugar al billar. Courfeyrac, que era de los últimos, los observó durante algun tiempo, pero le pareció fea la jóven y pronto se alejó de allí. Huyó como un pardo, lanzándoles en vez de dardo un apodo. Como le chocaron el traje de la muchacha y el cabello del viejo, llamó á la jóven la *señorita Negra* y al padre el *señor Blanco*, con tal suerte que, como nadie los conocía y por lo tanto no sabían sus nombres, quedaron bautizados con los apodos de Courfeyrac.

Los estudiantes decían:—“Ya está en su banco el señor Blanco,” y Mario, como los demás, llamó así al desconocido. Seguiremos su ejemplo y adoptaremos este pseudónimo para la mayor facilidad del relato.

Mario continuó viéndolos casi todos

los días á la misma hora y en el mismo banco durante un año.

El hombre le era simpático, pero la jóven le parecía desagradable.

II.

Lux facta est.

Al segundo año de encontrar Mario al viejo y á la niña sucedió que aquel interrumpió la costumbre de pasear por el Luxemburgo, sin que él mismo supiera por qué, y estuvo cerca de seis meses sin poner los piés en dicho paseo. Al fin volvió Mario en una serena mañana del estío, en la que estaba alegre, á lo que contribuye en gran modo el buen tiempo. Parecía que Mario llevaba en el corazón los cantos de los pájaros que oía y el azul del cielo, que se trasparentaba al través del ramaje de los árboles.

Se fué recto “á su paseo,” y divisó desde lejos, en el mismo banco, á la consabida pareja. Pero al acercarse le pareció que el hombre continuaba siendo el mismo, pero que la jóven ya no era la misma. La muchacha que ahora veía era una criatura hermosa y alta, desarrollada con las formas encantadoras de la mujer en ese momento preciso en que se combinan todavía con las gracias cándidas de la niña; momento fugaz y puro, que solo se puede traducir por estas dos palabras: quince años. Sus admirables cabellos castaños estaban matizados con reflejos de oro; su frente parecía de mármol y sus mejillas formadas de hojas de rosas; su rostro de un sonrosado pálido, de una blancura que revelaba cierta emoción interior; su boca era de forma exquisita, y de ella se desprendía la sonrisa como una luz y la palabra como una música. Era la cabeza que Rafael hubiera puesto á María, colocándola sobre un cuello que Juan Goujon hubiera puesto á Venus. Para que nada se echase de menos en aquel semblante embelesador, la nariz no era hermosa, pero era linda; ni recta, ni aguileña, ni italiana, ni griega; era la nariz parisiense, es decir, algo espiritual, fina, irregular y pura, que desespera á los pintores y que encanta á los poetas.

Cuando Mario pasó por su lado no pudo verla los ojos, que tenía constantemente bajos; solo vió sus largas pestañas, llenas de sombra y de pudor. Esto no impedía que la hermosa jóven se sonriese oyendo al hombre del cabello blan-

co que la hablaba, y era arrebatadora la fresca sonrisa que entreabría sus labios, teniendo la vista inclinada al suelo.

En el primer momento creyó Mario que era otra hija de aquel hombre, sin duda hermana mayor de la primera. Pero la segunda vez que pasó inmediatamente al banco la examinó con atención y conoció era la misma. En seis meses la niña se convirtió en mujer; esto era todo. Este fenómeno es frecuente. Hay en la vida un momento en que las niñas en un abrir y cerrar de ojos pasan de capullo á rosa. La desconocida no solo habia crecido, sino que se habia idealizado. Así como son suficientes tres días de Abril para que ciertos árboles se llenen de flores, seis meses habian bastado para transformarla en belleza. Llegó para ella su Abril.

Se vé algunas veces que personas pobres y mezquinas se despiertan y pasan de repente de la indigencia al fausto, gastan de todos modos y se aparecen de pronto deslumbradoras, pródigas y magníficas. Esto dimana de una fortuna imprevista, de un plazo de cobrar vencido. La jóven, pues, habia cobrado su semestre. No era ya la colegiala con sombrero anticuado, con traje de merino, con zapatos rusos y con manos amoratadas. Al mismo tiempo que la hermosura, se habia desarrollado en ella el buen gusto. Era una señorita bien vestida, con elegancia sencilla y rica y sin pretensiones. Llevaba vestido de damasco negro, abrigo de la misma tela y sombrero de crespon blanco. Sus guantes, blancos tambien, dejaban entrever la finura de su mano, que jugaba con el puño de marfil chinesco de la sombrilla, y botitas de seda dibujaban sus piés, pequeños y bien formados. Al pasar por su lado se percibía cierta penetrante fragancia de juventud que exhalaba todo su traje.

El hombre conservaba el aspecto de siempre.

La segunda vez que llegó Mario cerca de la jóven, ésta levantó los párpados: sus ojos eran de color azul celeste y profundo, pero en su azul velado solo se veía aun la mirada de la niña. Miró á Mario con indiferencia, como hubiera mirado á la mona que corría por entre los sicomoros ó al jarron de plata que proyectaba su sombra en el banco. Mario continuó el paseo pensando en otra cosa.

Pasó cuatro ó cinco veces muy cerca

del banco donde estaba la jóven, pero sin mirarla.

Los dos días siguientes volvió, como de costumbre, al Luxemburgo; como siempre, encontró “al padre y á la hija,” pero no fijó en ellos la atención. No pensaba más en la jóven, que ahora era hermosa, que habia pensado cuando era fea. Pasaba, sí, cerca de su banco, pero por costumbre.

III.

Efecto de primavera.

Un día que el aire era tibio y estaba el Luxemburgo inundado de sombra y de sol, el cielo puro y los pajarillos cantaban en los árboles, Mario abrió enteramente su alma á la naturaleza: no pensaba en nada; solo vivía y respiraba: pasó cerca del banco; la jóven levantó los ojos y sus dos miradas se encontraron.

Cómo la jóven le miró aquella vez? Mario no sabia explicárselo. Su mirada nada decía y lo decía todo. Fué un relámpago extraño.

Ella bajó la vista; él continuó su camino.

Lo que acababa de ver no era la mirada ingénuo y sencilla de la niña; era un abismo misterioso que se habia entreabierto y cerrado bruscamente. Llegó un día en que todas las jóvenes miran así. ¡Desgraciado del que se encuentra cerca de ellas!

La primera mirada del alma, que aun no se conoce á sí misma, es como el alba en el cielo. Es el despertar de algo radiante y desconocido. No es posible pintar el peligroso encanto de esa luz que ilumina vagamente de pronto tinieblas adorables, y que se compone de toda la inocencia del presente y de toda la pasión del porvenir. Es una especie de ternura indecisa, que se revela por casualidad y que espera. Es un lazo que la inocencia tiende inconscientemente, con el que aprisiona los corazones sin saberlo y sin querer. Es una vírgen que mira como una mujer.

Es muy raro que donde caiga esa mirada no haga nacer profunda meditación. Todas las clases de pureza y de candor se encuentran reunidas en ese rayo celeste y fatal, que tiene, más que las miradas elaboradas de las coquetas, el mágico poder de hacer brotar de repente en el fondo del alma la flor som-

bría, llena de perfumes y de venenos, que se llama Amor.

Cuando por la tarde Mario volvió á su buhardilla se fijó por la primera vez en que era falta de aseo, inconveniencia y estupidez inaudita ir á pasear al Luxemburgo con su traje "de todos los días", es decir, con sombrero roto hácia el ala, con botas gruesas como las de un carretero y con levita descosida por los codos.

IV.

Principio de una gran enfermedad.

Al día siguiente, á la hora de costumbre, Mario se puso el frac, los pantalones, el sombrero y las botas de los días festivos, se puso guantes y se fué al Luxemburgo.

En el camino encontró á Courfeyrac é hizo como que no lo vió. Courfeyrac, al volver á casa, dijo á sus amigos:—"Acabo de encontrar al frac y al sombrero nuevos de Mario y á Mario dentro de ellos. Sin duda iba á examinarse, porque parecia un estúpido."

En cuanto Mario llegó al Luxemburgo, dió la vuelta al estanque, miró los cisnes, y despues permaneció largo rato contemplando una estatua, cuya cabeza estaba completamente enmohecida. Cerca del estanque habia un caballero de unos cuarenta años, de prominente abdómen, que llevaba de la mano á un niño de cinco años y que le decia:—"Evita los excesos. Mantente, hijo mio, á igual distancia del despotismo que de la anarquía." Mario escuchó á aquel hombre; luego dió otra vuelta al estanque y despues se encaminó lentamente á "su calle," y como á pesar suyo.

Cualquiera diria que estaba obligado á ir y que le retenia impulso contrario. El no examinaba sus sensaciones y creia hacer lo mismo que todos los días.

Al llegar al paseo distinguió al otro extremo y sentados en "su banco," al señor Blanco y á la jóven. Abotonóse el frac hasta arriba, estiróle por el pecho y por la espalda para que no hiciese arrugas, examinó complacido los reflejos lustrosos del pantalon y se fué derecho hácia el banco. Habia algo del ataque en su marcha y hasta humos de conquista. Digo, pues, que se fué derecho hácia el banco, como hubiera podido decir: Annibal marchó sobre Roma.

Todos sus movimientos eran maquinales y las ordinarias ocupaciones de su

imaginacion y de su trabajo no sufrieron interrupcion alguna. Reflexionaba en aquel instante que el *Manual del Bachillerato* era un libro estúpido que debieron componerle personas sándias, examinando y analizando en él, como obras magistrales del espíritu humano, tres tragedias de Racine y solo una comedia de Moliere.

Sentia que le zumbaban los oidos, y al acercarse al banco volvió á estirar las arrugas del frac y sus ojos se fijaron en la jóven, pareciéndole que llenaba todo el extremo de la calle de vaga y azulada luz.

A medida que se acercaba iba acortando el paso. Al estar á cierta distancia del banco, mucho antes de llegar al final de la calle, se paró, y sin saber por qué se volvió en direccion opuesta á la que llevaba. La jóven solo pudo verle de lejos y fijarse en que le sentaba bien el traje nuevo. El, sin embargo, caminaba muy derecho para parecer buena figura al que le mirase por detrás.

Llegó al extremo opuesto, despues volvió, y esta vez se acercó un poco más al banco. Aproximóse á la distancia de tres intervalos de árboles; allí sintió no sé qué imposibilidad de pasar más adelante, y se quedó perplejo. Creyó ver que la jóven se volvía á mirarle; hizo un esfuerzo viril y violento, dominó su vacilacion y continuó avanzando. Momentos despues pasaba por delante del banco, tieso y firme, rojo hasta las orejas, sin atreverse á mirar á derecha ni á izquierda, con la mano metida entre los botones del frac, como un hombre de Estado. Cuando pasaba por delante de ella le latia con fuerza el corazon. La jóven vestia, como el día anterior, traje de damasco y sombrero de crespon. Mario oyó una voz inefable, que debió ser la voz de la desconocida, que hablaba tranquilamente con el anciano. Estaba muy linda; nuestro enamorado lo conocia, aunque no procuraba verla.

—Me apreciaria y me consideraria, pensaba Mario, si supiese que soy el verdadero autor de la disertacion sobre el escudero Marcos Obregon, que el señor Francisco Neufchateau ha puesto como de su cosecha al frente de su edicion del *Gil Blas*.

Pasó el banco, llegó hasta la extremidad de la alameda, que estaba muy cercana, y despues volvió y cruzó otra vez por delante de la jóven. Estaba muy pálido. Experimentaba algo desagradable. Se alejó de la jóven del banco, y como,

aunque le daba las espaldas, se figuraba que le miraba, iba tropezando.

No intentó volver á acercarse al banco; se detuvo á la mitad de la calle y allí se sentó, mirando de reojo á un lado y á otro y pensando en las recónditas profundidades de su espíritu, que al fin y al cabo era difícil que las personas que él admiraba fuesen absolutamente insensibles á su lustroso pantalon y á su frac nuevo.

Pasado un cuarto de hora se levantó como si quisiese dar otro paseo en direccion á aquel banco, que se le aparecia rodeado de una aureola. Quedóse, sin embargo, de pié é inmóvil. Por primera vez, despues de quince meses, se dijo á sí mismo que aquel señor que se sentaba en el banco con la jóven todos los días habria reparado en él y habria encontrado extraña su asiduidad.

Por primera vez conoció tambien que era irreverente designar al desconocido, hasta en el secreto de su pensamiento, con el apodo de *el señor Blanco*.

Permaneció algunos minutos con la cabeza baja, formando dibujos en la arena con una varita que tenia en la mano.

Despues se volvió bruscamente hácia el lado opuesto al banco de los desconocidos y se fué hácia casa.

A las ocho de la noche se acordó de que no habia comido, y como era ya tarde para ir á la calle de Santiago, se contentó con comerse un pedazo de pan.

No se acostó hasta despues de haber cepillado el traje y de haberle doblado con mucho cuidado.

V.

Caen varios rayos sobre la tia Bougon.

Al día siguiente, la tia Bougon (que así llamaba Courfeyrac á la portera, inquilina principal del caseron Gorgebeau, cuyo apellido era Bourgon), observó estupefacta que el señor Mario salia otra vez de casa con el traje nuevo.

Nuestro enamorado volvió al Luxemburgo, pero no pasó del banco que estaba á la mitad del paseo. Sentóse allí como el día anterior, contemplando desde lejos el sombrero blanco y el traje negro, y sobre todo la claridad azulada. No se movió de aquel observatorio y no volvió á casa hasta que cerraron las puertas del Luxemburgo. No vió retirarse al señor Blanco y á su hija, y por esto dedujo que habrian salido del jardin

por la verja de la calle del Oeste. Algunas semanas despues, cuando pensaba en aquel día, no pudo acordarse dónde habia comido.

Al otro día, era el tercero, la tia Bougon se quedó estupefacta otra vez al ver salir de casa á Mario tambien con el traje nuevo.—Tres días seguidos! exclamó la portera.

Esta quiso seguirle, pero Mario andaba muy de prisa y no pudo; le perdió de vista á los dos minutos. Volvióse á casa sofocada, furiosa y casi asfixiada del asma.—Cosa más extraña! ¡Ponerse el traje nuevo todos los días y hacer correr á las personas de esta manera!

Mario, como de costumbre, fué al Luxemburgo. La jóven estaba ya allí con el señor Blanco. Mario se acercó, aparentando leer en un libro, pero permaneció todavía á alguna distancia: luego se sentó en su banco, y allí pasó cuatro horas mirando cómo saltaban los bulliciosos gorrones, que le parecia que se burlaban de él.

De este modo pasaron quince días. Mario iba al Luxemburgo, no á pasear, sino á sentarse en el banco, y sin saber por qué, en cuanto llegaba allí ya no se movia. Gastaba diariamente el traje nuevo para no dejarse ver, y todos los días hacia lo mismo.

La jóven poseia maravillosa hermosura. La única observacion que se la pudiera hacer que se asemejase á crítica, era que habia contradiccion entre su mirada triste y su sonrisa alegre, lo que daba á su fisonomía aspecto desordenado, que hacia que en ciertos momentos pareciera extraña sin dejar de ser embelleadora.

VI.

Prisionero.

Un día Mario estaba, como de ordinario, en el Luxemburgo, sentado en su banco, teniendo el libro abierto, pero sin volver hoja hacia más de dos horas. De pronto se estremeció; al final de la calle de la alameda se verificaba un acontecimiento. El señor Blanco y la jóven se acababan de levantar de su asiento; ésta se apoyaba en el brazo de su padre y ambos se dirigieron al centro del paseo donde se encontraba Mario. Este cerró el libro, le volvió á abrir é hizo como que leia; la aureola iba recta hácia él.

—Dios mio! pensaba, no me darán

tiempo para adoptar una postura conveniente.

Continuaban avanzando el hombre cano y la mujer vestida de negro. Parecía á Mario que aquella marcha duraba siglos, cuando en realidad solo habian pasado algunos segundos.

—Por qué se dirigen hácia aquí? se preguntaba. ¡Vá á pasar por aquí delante; sus piés van á pisar esa arena, esa calle que está á dos pasos de mí!...

Mario estaba trastornado; hubiera querido en aquel instante ser hermoso y poseer una condecoracion. Oia aproximarse el rumor suave y mesurado de sus pasos. Se imaginaba que el señor Blanco le iba á dirigir miradas coléricas.

—Vendrá á hablarme? pensaba.

Inclinó la cabeza; cuando la volvió á levantar estaban ya junto á él. La jóven pasó y al pasar le miró. Le miró con fijez, con pensativa ternura, que hizo que Mario temblase de piés á cabeza. Parecióle á éste que ella le reconvenia porque no se acercaba al banco donde ella tenia costumbre de sentarse y que le decia:

—Por eso vengo.

Sus pupilas, llenas de rayos y de abismos, deslumbraron á Mario.

Sentia arder una hoguera en su cerebro. La jóven se le habia acercado; ¡qué alegría! y luego clavó en él la mirada; qué placer! Le pareció más hermosa que nunca; hermosa, con la belleza femenil y angélica á la vez, con esa belleza que hubiera hecho cantar al Petrarca y arrojarse al Dante. Le parecia que estaba nadando en pleno cielo azul. Al mismo tiempo sufría porque tenia empolvadas las botas; creia estar seguro de que ella las habia mirado.

La siguió con la vista hasta que desapareció. Luego se puso á pasear por el Luxemburgo como un loco. Probablemente algunos ratos se reiria solo y hablaría en voz alta.

Salió del Luxemburgo esperando encontrarla en alguna calle.

Encontróse con Courfeyrac bajo los arcos del Odeon, y le dijo:

—Vente á comer conmigo.

Fueron á casa de Rousseau y gastaron seis francos. Mario comió como un buitre y dió al mozo buena propina. Cuando estaban en los postres, dijo á Courfeyrac:

—Has leído los periódicos? ¡Qué buen discurso el de Andrey Puyrabeau!...

Estaba perdidamente enamorado.

Después de comer dijo á Courfeyrac:

—Te convidó al teatro.

Se fueron al de la puerta de San Martín á ver representar á Federico Lemaitre *El castillo de San Alberto*. Mario se divirtió mucho.

Al mismo tiempo se hacia más esquivo. Al salir del teatro se negó á mirar la liga de una modistilla que saltaba un arroyuelo, y le causó horror Courfeyrac porque dijo: *De buena gana aumentaría mi coleccion con esa mujer.*

Courfeyrac convidó á su vez á Mario á almorzar al dia siguiente al café Voltaire. Mario acudió á la cita y devoró más aun que el dia anterior. Estuvo pensativo y muy alegre al mismo tiempo. Parecia que aprovechaba todas las ocasiones de reir á carcajadas, y abrazó tiernamente á un provinciano que le presentaron.

Se formó alrededor de la mesa un círculo de estudiantes; se habia hablado allí de las simplezas que el Estado paga y que les arrojan desde la cátedra de la Sorbona, y luego recayó la conversacion sobre las faltas y las lagunas de los diccionarios y prosodias de Quicherart. Mario interrumpió la conversacion para exclamar:

—Sin embargo, debe ser muy agradable poder ostentar una condecoracion.

—Eso es graciosísimo! dijo Courfeyrac en voz baja á Juan Prouvaire.

—No, respondió éste en el mismo tono; al contrario, eso es muy serio.

Serio era, en efecto, porque Mario pasaba por esa primera hora violenta y embelesadora con que comienzan las grandes pasiones. Una mirada era la causante de su estado. Cuando la mina está cargada, cuando el combustible está dispuesto, nada es más fácil. Entonces una mirada es una chispa.

Su suerte estaba decidida. Amaba á una mujer; su destino entraba en lo desconocido.

La mirada de las mujeres se parece á un conjunto de ruedas que aparentemente están tranquilas, pero que son formidables. Pasamos por su lado todos los dias impunemente y sin sospechar nada de ellas. Llega un momento en que hasta olvidamos que están allí. Pasamos, volvemos á pasar, soñamos y nos reimos. De repente nos cogen y todo se acabó. La rueda nos detiene, la mirada nos ha prendido. Nos ha preso, no importa por dónde ni cómo; por una parte cualquiera de nuestro pensamiento, que vagaba sin objeto, por una distraccion que hemos tenido. Estamos perdidos. Pasaremos completamente por

todo el conjunto de las ruedas; se apoderará de nosotros el encadenamiento de fuerzas misteriosas, y en vano luchamos; no hay para nosotros socorro humano posible. Vamos á caer de engranaje en engranaje, de angustia en angustia, de tortura en tortura; y con la imaginacion, con la fortuna, con el porvenir y con el alma, segun que caigamos en poder de una criatura malvada ó de un noble corazon, saldremos de la espantosa máquina, ó desfigurados por la vergüenza, ó transformados por la pasion.

VII.

Aventuras de la letra U en el terreno de las conjeturas.

El aislamiento, el orgullo, la independencia, la inclinacion á las bellezas naturales, las luchas secretas de la castidad, todas esas circunstancias habian preparado á Mario para ser poseido por la pasion. El culto que tributaba á su padre llegó poco á poco á ser para él una religion, y como todas las religiones, se habia escondido en lo profundo de su alma. Le faltaba llenar su primer término, y de esto se encargó el amor.

Transcurrió un mes durante el cual Mario fué todos los dias al Luxemburgo. Cuando llegaba la hora nada podia detenerle.—Está de servicio, decia Courfeyrac. Mario vivia en continuo éxtasis; verdad es que la jóven correspondia á sus miradas.

Acabó por atreverse y por aproximarse al banco. Sin embargo, no pasaba por delante, obedeciendo á la vez al instinto de timidez y al instinto de prudencia de los enamorados. Creia conveniente no llamar la atencion "del padre.". Combinaba sus paradas detrás de los árboles y de los pedestales de las estatuas con maquiavelismo profundo, para que le viese la jóven y el viejo no le pudiera ver. A veces permanecia inmóvil más de una hora detrás de Leonidas ó de Espartaco, con un libro abierto en la mano, por encima del que levantaba la vista en direccion á la hermosa jóven, la que volvía hácia él su perfil encantador, sonriendo vagamente. Hablando natural y tranquilamente con el viejo cano, apoyaba sobre Mario los rayos misteriosos de su mirada virginal y apasionada. Antigua é inmemorial habilidad, que Eva sabia tener desde el primer dia del mundo y que sabe toda mujer desde el primer dia de su vida. Su boca contestaba al anciano y su mirada respondia al jóven.

TOMO II.

Preciso es, sin embargo, creer que el señor Blanco se habia apercebido, porque con frecuencia, al ver á Mario, se levantaba y echaba á andar. Abandonó su sitio de costumbre y escogió en el extremo opuesto de la alameda el banco inmediato al Gladiador, para ver sin duda si Mario tambien los seguia allí.

Mario no comprendió aquella treta y cometió esta falta. "El padre," desde entonces no fué ya tan puntual al paseo y no llevaba todos los dias á su hija. Algunas veces iba solo; cuando esto sucedia, Mario se marchaba y cometia otra falta.

Mario no se fijaba en estos síntomas. Desde la fase de la timidez habia pasado por progreso lógico á la fase de la ceguedad. Su amor crecia; soñábale todas las noches, y además tuvo una dicha inesperada, que fué como echar aceite en el fuego; redobló la oscuridad alrededor de su vista.

Una tarde, al anochecer, encontró en el banco que el señor Blanco y su hijá acababan de abandonar un pañuelo, sencillo y sin bordados, pero blanco y fino, y que le pareció que exhalaba inefables perfumes. Apoderóse de él con entusiasmo. El pañuelo estaba marcado con las letras U. F.; Mario no sabia de la hermosa jóven ni el nombre ni el domicilio, ni conocia su familia; estas dos letras eran la primera noticia que adquirió de la desconocida, iniciales que le hicieron formar conjeturas en el acto. La U era indudablemente la inicial del nombre. Ursula! pensó que debia llamarse. Hermoso nombre! Besó el pañuelo, le aspiró, le puso sobre el corazon durante el dia y por la noche en los labios para dormirse así con él.

—Aspiro con él toda su alma! exclamaba.

El pañuelo era del anciano, que le dejó caer del bolsillo.

Los dias siguientes al del hallazgo, Mario se presentó en el Luxemburgo besando el pañuelo y estrechándole contra su corazon.

La hermosa jóven no comprendia aquella pantomima y él pretendia que lo comprendiese así por medio de imperceptibles señas.

—Es muy pudorosa! exclamaba Mario.

VIII.

Hasta los inválidos pueden ser felices.

Ya que hemos pronunciado la palabra pudorosa y ya que nada ocultamos, debemos decir que una vez, esto no obstante, experimentó Mario, á través de un éxtasis, de parte de "Ursula," un agravio sério. Era uno de los días que la jóven hacia que el señor Blanco se levantara del asiento y que paseara con ella por la alameda. Fresca brisa de Mayo agitaba los plátanos. El señor Blanco y su hija, apoyada en el brazo de aquel, pasaron por delante del banco de Mario, el que lo abandonó en seguida y los siguió con la vista, como convenia á la situación en que se encontraba su espíritu.

De pronto una ráfaga de viento, más alegre y juguetona que las otras, encargada sin duda de los asuntos de la primavera, voló desde el Vivero, se abatió sobre la calle de árboles, envolvió á la jóven en delicioso estremecimiento, digno de las ninfas de Virgilio y de los faunos de Teócrito, y la levantó el vestido, aquel vestido sagrado como la túnica de Isis, hasta la altura de la liga, y enseñó desnuda una pierna de exquisita forma. Mario la vió y le exasperó y le puso furioso ese espectáculo.

La jóven se bajó con rapidez el vestido con gracioso movimiento de susto; pero no por eso se indignó menos Mario. Es verdad que estaba él solo en la alameda, pero podía haber habido gente.—Si lo hubiera visto alguno seria un bochorno, pensaba Mario.

La hermosa jóven no pudo impedirlo; el criminal fué el viento; pero Mario, en el que rugia el Bartolo que hay en todo querubin, estaba determinado á enfadarse, y sentia celos hasta de su sombra. De este modo se despiertan en el corazon humano y se imponen, hasta sin derecho, los acres y extraños celos de la carne. Además, y prescindiendo de los celos, la vista de la hermosa pierna no le fué agradable: la media blanca de la primera mujer que hubiese encontrado al paso le hubiera causado mayor placer.

Cuando "Ursula," al llegar al extremo de la alameda, volvió á pasar con el señor Blanco por delante del banco, donde Mario estaba ya sentado, éste la dirigió una mirada irritada y feroz. La jóven hizo el movimiento de hombros y

el arqueamiento de cejas que significan: "¿qué tendrá?"

Esta fué la "primera riña," de Mario.

En este momento una persona atravesó la alameda. Era un inválido encorvado, viejo y cano, con uniforme de la época de Luis XV, que llevaba al pecho la cruz de San Luis de soldado, que le caia una manga del uniforme sin brazo dentro, y tenia una pierna de palo.

A Mario le pareció que aquel desdichado estaba extremadamente satisfecho; hasta le pareció que aquel viejo cínico, al pasar cojeando por su lado, le dirigió un guiño fraternal y alegre, como si la casualidad hubiera hecho que estuviesen en inteligencia y que hubiesen saboreado juntos alguna buena fortuna. ¿Qué motivos tenia para estar contento aquel despojo de Marte? ¿Qué habia pasado entre su pierna de palo y la de carne? Mario llegó al colmo de sus celos.—Tal vez estaba aquí y la ha visto! se dijo. Y le dieron tentaciones de exterminar al inválido.

Como con el tiempo todo se olvida, la cólera de Mario contra "Ursula," por justa que fuese, se desvaneció. Acabó por perdonarla, pero necesitó hacer un esfuerzo y se manifestó resentido con ella tres días.

Sin embargo, á pesar de todo esto y por causa de todo esto, la pasión de Mario crecía hasta rayar en locura.

IX.

Eclipse.

Acabamos de saber que Mario descubrió ó creyó descubrir que la jóven se llamaba Ursula.

En el comer y en el amar, comiendo se abre el apetito. Saber que se llamaba Ursula, que fué mucho para él, era ahora ya poco. Mario en tres ó cuatro semanas devoró esa felicidad, y deseó otra; quiso averiguar dónde vivia.

Nuestro enamorado habia cometido dos faltas: la primera fué caer en la emboscada del banco del Gladiador y la segunda no quedarse en el Luxemburgo cuando iba allí solo el señor Blanco. Luego cometió la tercera falta, que fué seguir á Ursula.

Esta vivia en la calle del Oeste, en el sitio más solitario, en una casa nueva de tres pisos, de modesta apariencia.

Desde que Mario lo averiguó, añadió á la dicha de verla en el Luxemburgo la de seguirla hasta su casa.

Su apetito iba en aumento. Sabia su nombre, dónde vivia, y quiso averiguar quién era.

Una noche, despues de seguir al padre y á la hija, cuando los vió desaparecer tras de la puerta-cochera, entró detrás de ellos y preguntó con audacia al portero:

—¿El que acaba de entrar es el señor del piso principal?

—No, respondió el portero. Es elinquilino del tercero.

Acababa de dar un paso; este triunfo, que consiguió con facilidad, le alentó.

—Interior ó exterior? preguntó Mario.

—La casa no tiene más que cuartos que dan á la calle.

—¿Qué profesion tiene ese caballero?

—Es rentista, es un señor excelente y muy caritativo, y aunque no es rico, dá mucho á los pobres.

—¿Cómo se llama? interrogó Mario.

El portero, mirándole con fijeza, le dijo:

—Sois acaso polizonte?

Mario salió de allí algo mohino, pero contento. Progresaba.

—Bien; ya sé que se llama Ursula, que es hija de un rentista y que vive en el piso tercero de la calle del Oeste.

Al dia siguiente el señor Blanco y su hija pasearon muy poco por el Luxemburgo, y aun era muy de dia cuando se marcharon. Mario los siguió hasta la calle del Oeste, como tenia por costumbre. Cuando llegaron á la puerta-cochera de la casa, el señor Blanco hizo pasar primero á la jóven; luego se paró antes de atravesar el umbral, volvió la cabeza y miró fijamente á Mario.

Al dia siguiente ya no fueron á pasear al Luxemburgo y Mario les esperó en vano toda la tarde.

Al anoecer fué á la calle del Oeste, vió luz en las ventanas del tercer piso y se estuvo paseando debajo de ellas hasta que la luz se apagó.

Al dia siguiente tampoco fueron al Luxemburgo. Mario tambien esperó toda la tarde y luego se puso de centinela bajo las ventanas. Esto le entretenia hasta las diez de la noche. Apenas comia. La calentura alimenta al enfermo y el amor al enamorado. Así se pasaron ocho dias, durante los que el señor Blanco y su hija ya no volvieron á aparecer en el Luxemburgo. Mario hacia tristes pronósticos, y no se atrevia á espiar la puerta-cochera durante el dia. Se contentaba con ir de noche á contemplar la claridad rojiza de los cristales. Veia de

vez en cuando pasar sombras por detrás de ellos y el corazon le latia entonces.

Al octavo dia, ó por mejor decir, á la octava noche ya no vió luz en las ventanas.—"Todavía están á oscuras, y sin embargo, ya es muy tarde. ¿Habrán salido?" se dijo. Esperó hasta las diez, hasta las doce, hasta la una de la noche, pero ni se encendió luz detrás de las vidrieras, ni entró nadie en la casa. Mario se marchó de allí muy triste.

Al otro dia tampoco los vió en el Luxemburgo, como lo temia; al anoecer volvió á la casa. Tampoco habia luz en las ventanas: las persianas estaban cerradas y el tercer piso oscuro como boca de lobo.

Mario llamó á la puerta-cochera, entró y preguntó al portero:

—Está el señor del piso tercero?

—No vive aquí ya; mudó de domicilio, le contestó el portero.

Mario vaciló y preguntó con timidez:

—Desde cuándo?

—Desde ayer.

—¿Dónde se ha mudado?

—No lo sé.

—¿No dejó las señas de su nuevo domicilio?

—No.

El portero levantó la cabeza y conoció á Mario.

—Calla! exclamó, sois vos!... ¿Conque decididamente pertenecis á la policia?

LIBRO SÉPTIMO.

Patron-Minette.

I.

Las minas y los mineros.

Todas las sociedades humanas tienen lo que en lenguaje teatral se llama el foso. El suelo social está minado por todas partes, ya para el bien, ya para el mal. Estas obras están superpuestas; existen en ellas minas superiores y minas inferiores. Hay arriba y abajo en ese oscuro subsuelo que se abre á veces bajo la civilizacion y que nuestra indiferencia y dejadez huellan á cada instante. La enciclopedia del siglo pasado fué una mina casi á cielo abierto. Las tinieblas, que fueron las sombrías incubadoras del cristianismo primitivo, solo esperaban la ocasion para hacer explosion en tiempo